

LAS VALORACIONES IDEOLOGICAS EN LA CIENCIA SOCIAL

REVISION CRITICA DE LA LITERATURA

En el intento de constituir una ciencia social rigurosa, uno de los problemas que hubo que enfrentar fue el de la posible inserción en este tipo de pensamiento de las valoraciones que el investigador —miembro de la sociedad que estudia, observador que está incluido en el objeto observado— comparte con su medio. Esta cuestión ha sido largamente debatida y suscita aún hoy respuestas discordantes. Se sostiene por un lado que es posible y necesario prescindir de aquellas valoraciones, y que ello es condición ineludible de la objetividad científica. Se considera, por otro, que las peculiaridades de la relación sujeto-objeto en este campo del conocimiento le imponen a la ciencia social la presencia de valoraciones en un nivel y con una amplitud desconocidos en otras ciencias; las condiciones de la objetividad habría que definir las a partir de este hecho. Nos proponemos aquí hacer una breve presentación de la literatura pertinente, en cuyo comentario se expresará una posición coincidente con la segunda de las tesis enunciadas.

Aparte de su interés teórico, nos llevan al tema motivos históricos inmediatos: lo plantea la situación actual de las ciencias sociales en los países de América Latina, donde presenciarnos la introducción y difusión de la metodología científica aplicada al estudio de la realidad social, acompañando a un turbulento proceso de cambio institucional, de alteración de estructuras económicas y políticas, que se efectúa en el

marco del conflicto mundial de poderes e ideologías que en las dos últimas décadas ha asumido la forma de “guerra fría”. En estas circunstancias es muy difícil y aún más peligroso mantener la inocencia metodológica y política que caracteriza a gran parte de la producción científica social de los países “avanzados”. Persisten modos de pensar asociados a la defensa de valores e instituciones “tradicionales” en un escenario ya dominado por la contienda ideológica que expresa la coyuntura mundial. Por un lado, se nos dice, el proceso de “secularización” no ha avanzado lo suficiente, y por otro se sufre el impacto de polémicas metodológicas que se producen en los países más adelantados, el cual puede reforzar las actitudes pre-científicas y estimular la proliferación de elementos ideológicos (1). Se percibe además cierta inadecuación entre las teorías predominantes en esos países y las necesidades actuales de los nuestros, que se revela cuando se intenta aplicar aquellas a la interpretación de nuestra realidad social. Tal inadecuación se debería a la influencia de tradiciones culturales diversas y al hecho de haber sido elaboradas en vista de una realidad diferente; pero el problema no carece de connotaciones ideológicas (2).

Durante un largo período esta temática quedó relegada, admitiéndose casi sin discusión la tesis de la neutralidad valorativa de la ciencia. El debate metodológico reaparece en una situación mundial de la que es ingrediente esencial el ascenso de los países del “tercer mundo”, en cuanto actores con voluntad histórica propia, ofreciendo un foro más amplio y dando una nueva perspectiva a la polémica ideológica secular tanto como a la elaboración y aplicación de un conocimiento objetivo de la sociedad. Es más: la toma de conciencia de esta nue-

(1) G. GERMANI: Prólogo a la ed. castellana de *La imaginación sociológica*, de C. W. MILLS, F. C. E., 1961; también *Problems and strategy for social research in less developed countries*, publicación interna n° 26 del Instituto de Sociología de Buenos Aires.

(2) Cf. B. WOOD y Ch. WAGLEY, *The Social Sciences: Parochial or Cosmopolitan*, *Items*, vol. 15 n° 4, dic. 1961; J. BERQUE, *Sciences sociales et décolonisation*; A. DECOUFLÉ, *Sociologie politique du développement. Problèmes et méthodes*, ambos trabajos en *Tiers Monde*, III, 9-10, enero-junio 1962.

va situación —que incluye también como elemento decisivo la estabilización de dos bloques de países con sistemas económico políticos distintos— nos recuerda en qué medida las pretensiones de universalidad en el plano de la conciencia social, científica o ideológica, están unidas a los ensayos de realizarla en el nivel de las relaciones sociales.

Del tratamiento del problema podremos derivar la recomendación de acentuar las precauciones metodológicas para excluir de la tarea científica las motivaciones ideológicas, hostiles a la objetividad. O bien, ubicándonos en el punto de vista opuesto, buscaremos explicitar las elecciones ideológicas que consideremos inevitables y asumir aquellas que concuerden con nuestra situación. Esto obliga a mostrar que ese compromiso ideológico no se puede obviar, y a explicar qué sentido se le da en tal caso a la objetividad científica, cómo es posible escapar a un partidismo irrestricto que nos llevará a negarnos a someter a examen nuestras propias postulaciones, haciéndolas pasar por la ciencia social.

LA TESIS DE LA NEUTRALIDAD VALORATIVA DE LA CIENCIA SOCIAL

En la sociología occidental, la negación de la presencia ineludible de perspectivas ideológicas, y de modo más general, valorativas, se funda en buena medida en la aplicación que efectuara Max Weber de la distinción lógica entre juicios de valor y juicios de realidad, y en la tradición positivista que postula la posibilidad de construir la ciencia social según el modelo de objetividad que ofrecen las ciencias naturales, eliminando del trabajo científico formas de pensar metafísicas o mitológicas (3). Encontramos además otro apoyo para esta posición en la consideración de las dificultades epistemológicas implícitas en

(3) Si bien Durkheim preveía que por mucho tiempo persistirían, junto a las representaciones científicas, otras semejantes a las mitológicas: democracia, lucha de clases, etc., que en algún sentido serían verdaderas en cuanto traducirían una realidad social. Cf. *Pragmatisme et Sociologie*, curso de 1913-14 editado por A. CUVILLIER, Vrin, 1955.

la teoría de la ideología, y en la creencia de que sólo se las puede evitar reafirmando la vigencia de criterios de verdad propios de la gnoseología realista. De este tenor son las críticas que dirige Hans Barth (4) al uso del concepto de ideología, en cuanto involucra la relativización de la verdad, y especialmente a la concepción marxista, que lo vincula con la lucha de clases. Ataca, por estimarla ambigua, a la misma noción del condicionamiento social de los procesos espirituales, y reivindica la necesidad de una instancia objetiva para resolver los conflictos ideológicos, que estaría dada por el carácter supratemporal de las ideas de verdad y justicia, por la unidad de la estructura espiritual del hombre y su intrínseca capacidad para el conocimiento. En su forma radical, la doctrina de la ideología pondría en tela de juicio "la índole peculiar y la estructura del espíritu humano", "la discusión espiritual queda abandonada a la decisión de la lucha político económica por el poder" (5).

También H. E. Jensen reclama el reconocimiento de la autonomía de los principios lógicos como única manera de garantizar la validez de la misma sociología del conocimiento, y afirma la posibilidad de un examen objetivo de los intereses opuestos y de sus productos ideológicos (6). Y Werner Stark, remitiéndose en este aspecto al trascendentalismo de Max Scheler y A. Weber, postula como condición necesaria para toda indagación epistemológica el concepto de una verdad absoluta, que se manifiesta en la historia pero es preexistente; se rechaza el estudio de las deformaciones ideológicas al campo de la psicología (7).

Max Weber parte de una nítida distinción entre conocimiento de lo que es y conocimiento de lo que debería ser; la ciencia empírica no puede proporcionar normas e ideales para la acción, el sociólogo puede y debe abstenerse de asumir posiciones políticas en su calidad de tal. La ciencia puede indu-

(4) *Verdad e ideología*, trad. J. BAZAN, F. C. E., 1951.

(5) *op. cit.*, p. 289.

(6) *Developments in Analysis of Social Thought*, en J. B. GITTLER (ed.), *Review of Sociology*, J. WILEY & SONS, N. York, 1957.

(7) *The Sociology of Knowledge*, Free Press, Glencoe, Ill., 1958.

dablemente ilustrarnos sobre los medios apropiados para alcanzar un fin práctico deseado, sobre las consecuencias probables de la acción que se persigue, y sobre la congruencia entre posiciones prácticas y concepciones del mundo de las que derivan; pero la elección de los fines es ajena a la tarea científica y no debe influir sobre ella. Sólo en un punto intervienen valoraciones culturalmente determinadas: en la selección de los aspectos de la realidad que se juzga significativos. Dado que los posibles significados de la realidad son inagotables, el conocimiento de ella impone puntos de vista parciales. Aquí residen los supuestos subjetivos de las ciencias socio-culturales. Pero una vez delimitado el objeto, pueden reclamar validez universal las proposiciones que establecen relaciones causales. Las cuestiones que interesan al historiador o al sociólogo cambian con las culturas y las épocas, sin que sea afectada la validez de los resultados de la investigación. Siguiendo a Weber, H. Becker elabora el concepto de la neutralidad ética de la ciencia reconociendo como legítimo dentro de la tarea científica un único juicio de valor, que postula la deseabilidad del control humano sobre la realidad. Este valor supremo podría asociarse con otros valores muy diversos, pues carece en sí mismo de contenido. "Prescindiendo del fin que desea alcanzar un hombre que actúa en un papel social dado, él puede, si es también un hombre de ciencia, considerar en su papel científico los medios conducentes a tal fin, y decir si existe o no alguna posibilidad de alcanzarlo" (8).

Esta separación de las esferas del conocimiento y la valoración suele ser invocada también por la corriente positivista, cuya motivación más ostensible es la decisión de independizar a la ciencia social de la tradición metafísica y anti-empírica de la filosofía social, para construirla según una metodología rigurosa, idéntica o comparable a la de la ciencia natural, que garantiza la validez de las proposiciones con prescindencia de toda pre-

(8) *Supreme Values and the Sociologist*, en *Through Values to Social Interpretation*, Duke University Press, 1950.

dilección ideológica del sujeto. Esto significa además romper con las preocupaciones explícitas de reforma social de la sociología dominante en el siglo 19. Se trata de llegar a resultados utilizables por cualquier partido o facción, así como el conocimiento de la naturaleza puede ser puesto al servicio de los fines más diversos. "Los hallazgos científicos nunca implican prescripción alguna acerca de las aplicaciones que el hombre debe hacer de ellos", afirma G. A. Lundberg, para quien las conclusiones científicas son de carácter fundamentalmente ético. Debemos distinguir claramente entre ellas y los valores y programas prácticos: lo que varía son las interpretaciones de los resultados en términos de las implicaciones para la acción social, de acuerdo con la cultura y los valores de grupos particulares ⁽⁹⁾.

La concepción de la ideología como velo de ilusiones que oculta la realidad, es compartida por casi todos los que rechazan su vinculación orgánica con la ciencia social. Se la atribuye predominantemente a la operación de mecanismos de pensamiento no racionales, y a la presión de impulsos instintivos o intereses de los que el investigador puede despojarse para llegar a una visión objetiva de los hechos. Para W. Stark, por ejemplo, las deformaciones ideológicas de la realidad no están unidas necesariamente a una situación social; son de orden psicológico. Todas las clases padecen de estas distorsiones en su apreciación de la realidad, pero individuos pertenecientes a cualquiera de ellas pueden "ver las cosas exactamente como son", dejando de lado en su pensamiento las preocupaciones prácticas, esforzándose por ser observadores desinteresados. El falseamiento de los hechos no estaría impuesto por una condición social sino por el deseo de no percibirlos tales como son; al conocimiento fundado en juicios determinados por los hechos se contraponen los elementos ideológicos fundados en esperanzas e ilusiones, determinadas por los deseos ⁽¹⁰⁾.

⁽⁹⁾ *The Natural Science Trend in Sociology*, en *American Journal of Sociology*, LXI, 3, nov. 1955.

⁽¹⁰⁾ W. STARK, *op. cit.*

No se refuta esta posición señalando las valoraciones en las que incurre dentro de su obra y de manera generalmente no explícita el autor que la sustenta; esta tarea no ha ofrecido dificultades ni siquiera en el caso de Max Weber. Quien defiende la neutralidad valorativa de la ciencia social postula una norma cuya realización cree en principio posible, y a la que en todo caso hay que tratar de aproximarse; si se recomienda una actitud vigilante es precisamente porque las parcialidades y puntos ciegos del investigador amenazan con frecuencia su objetividad científica, así como su falibilidad humana puede hacerle cometer errores de todo tipo.

Un primer reparo de cierto peso es el expresado por I. L. Horowitz ⁽¹¹⁾: las ideologías operan a nivel inconsciente “y no están por tanto sujetas a la auto-regulación del investigador”; Durkheim y Weber habrían supuesto erróneamente que la metodología puede sustituir a las motivaciones. Podría replicarse que la fuente del error, el modo como la influencia de-formante pasa al producto cognoscitivo eludiendo el control del autor, no impide su corrección posterior en la medida en que otros sujetos que no lo comparten someten a crítica las proposiciones donde se lo ha expuesto, apelando al marco normativo autónomo de la ciencia. Aun admitiendo que las parcialidades ideológicas no son menos errores individuales sino actitudes y preferencias sustentados por grupos sociales muy amplios, transmitidas culturalmente y poco susceptibles de modificación por la vía de la auto-crítica, su producto final siempre podría ser contrastado con los criterios lógicos y metodológicos imperantes en la disciplina, tanto más cuanto que la pluralidad de concepciones ideológicas asegura que ninguna quedará exenta de crítica. Se reconocerá a lo sumo que por estar asociadas con intereses sociales y por arraigar a nivel inconsciente, las parcialidades ideológicas ostentan una persistencia y un grado de impermeabilidad a la impugnación racional que crean una dificultad especial para la ciencia social,

⁽¹¹⁾ *Objetividad y neutralidad valorativa en las ciencias sociales*, ficha 228 del I. de Sociología de Buenos Aires; Diógenes, n° 39.

pero no la condenan a la imposibilidad de distinguir las afirmaciones de hecho y las valoraciones y de construir así un cuerpo de conocimiento válido para todos.

Por otra parte, las creencias, incluyendo las ideologías, no suelen ser enteramente irracionales; se apoyan en alguna medida en la evidencia, según la cual es posible juzgarlas. Para Quentin Gibson éste es el modo de disolver los prejuicios (creencias que no tienen en cuenta para nada la evidencia) y las parcialidades (creencias que la evalúan incorrectamente). Las motivaciones que nos inducen a adoptar estas creencias pueden provenir de nuestra particular situación social, y ellas obedecen también a una tendencia común a eludir la necesidad de enfrentar la realidad y a creer lo que a uno le conviene y satisface. No obstante, "no hay nadie que sea tan irracional como para aceptar una conclusión cuando se le demuestra que no hay evidencia suficiente para apoyarla. Por eso el prejuicio y la parcialidad son dos cosas que existen sólo en tanto y cuanto no se descubran. El prejuicio simple cae con facilidad: una petición de evidencia en este caso sólo puede rechazarse mediante una afirmación de tipo dogmático. Por eso el prejuicio tenderá siempre a convertirse en parcialidad a través de un proceso de racionalización". En consecuencia, se define la objetividad como sigue: "Ser objetivo en la investigación quiere decir que uno *no* permite que sus creencias se vean influidas de un modo adverso por los motivos propios, la costumbre o la situación social" (12).

Pero es posible demostrar que la influencia de la situación social del observador, en la forma de valoraciones implícitas, se percibe en la literatura de las ciencias sociales con una frecuencia tal que cabe dudar de que se la pueda erradicar con las solas armas de la crítica profesional, y sospechar que obedece a motivaciones irreductibles, aun cuando se las exponga públicamente; y que esas valoraciones intervienen en la formulación de conceptos decisivos. "Tratándose de práctica so-

(12) *La lógica de la investigación social*, trad. J. M. Borassos, Tecnos, Madrid, 1961.

cial —aquí nos alejamos de la medicina— no hay acuerdo acerca de los fines. “Nosotros”, tomado en el sentido de los hombres en general, no tenemos un propósito común para cuya realización será posible recurrir al consejo de un científico social”, dice Gibson (13). Esta divergencia de propósitos, anclada en situaciones sociales antagónicas, cuya repercusión en el plano de la acción social (limitando las posibilidades de fundarla científicamente) reconocen este autor y muchos otros, se traslada también a la imagen teórica de la sociedad, en cuanto ella incluye de modo necesario una orientación —valorativa— no neutral— para la acción futura, por lo menos, en ciertos puntos centrales. Si en las ciencias sociales la objetividad (o “intersubjetividad”, como propone Feigl) (14) es problemática, se debe a la relativa ausencia de un fondo valorativo común, de un proyecto compartido que garantice la universalidad de la construcción teórica (dentro, por supuesto, del ámbito histórico-cultural que permite, legitima y promueve la aplicación del método científico a la realidad, tanto natural como social). Esto no clausura toda posibilidad de lograr la objetividad; indica que el camino para alcanzarla pasa al mismo tiempo por los distintos niveles del *producto científico* cuyo contenido valorativo hay que esclarecer, de las *preferencias valorativas antagónicas* (fundamentalmente ideológicas), y de los *conflictos sociales* que en ellas se manifiestan, cuyo desenlace no es indiferente en cuanto puede significar una ampliación o reducción de la comunicación en las esferas valorativa y cognoscitiva. Las dificultades con que se tropieza en este camino no son lógicas sino históricas. La aspiración a una comunidad humana, a la instauración de relaciones sociales que funden la posibilidad de una perspectiva valorativa común respecto a la acción y al conocimiento sociales, no es ya un mero utopismo sino la respuesta a una situación y una experiencia históricas concretas. El planteamiento del problema en

(13) *op. cit.*, p. 289.

(14) *The Difference between Knowledge and Valuation*, en *The Journal of Social Issues*, VI, 4, 1950.

forma rigurosa coincide con el surgimiento de condiciones históricas que imponen su solución como necesidad de supervivencia; ellas estimulan la toma de conciencia y la elaboración racional de una problemática mundial. Este es un proceso incipiente pero perceptible, pese a que la ciencia social sigue siendo predominantemente la elaboración racional de los problemas y de los proyectos que derivan de las perspectivas de distintas clases y naciones, lo que significa una doble connotación ideológica.

LA IDENTIFICACION DE LOS SUPUESTOS IDEOLOGICOS

La crítica de la presunta neutralidad valorativa de la sociología dominante y el esclarecimiento del papel de los valores en la ciencia social, que actualmente han cobrado importancia tanto en Europa como en Estados Unidos, no son por cierto una novedad, ni implican un punto de vista ideológico común. Los temas del debate contemporáneo podemos encontrarlos en una obra clásica de Robert Lynd, y fueron continuados por C. Wright Mills, Gunnar Myrdal, Lucien Goldmann y muchos otros (15). No es raro ya el reconocimiento de las connotaciones valorativas de conceptos y tipologías adoptados (16). Y en nuestros países latinoamericanos se difunde la toma de conciencia de la necesidad de revisar la teoría social en uso, en vista de sus compromisos ideológicos (17).

(15) *Knowledge for What*, de Lynd, data de 1939; las críticas de C. W. MILLS las encontramos ya en un trabajo de 1943, *The Professional Ideology of Social Pathologists*, A. J. S., XLIX, 2; la concepción del papel de los valores la expresa MYRDAL en *An American Dilemma*, de 1944, y varias obras posteriores (véase una selección de sus escritos metodológicos, editada por PAUL STREETEN, con el título de *Value in Social Theory*, Harper, N. York, 1958).

(16) Mencionemos como ilustración a D. Riesman y colaboradores, que luego de describir su tipología de los modos de conformidad social y las formas caracterológicas, reconocen la carga valorativa del concepto de *Personalidad autónoma*; es una norma que orienta a toda la tipología. Cf. *Faces in the Crowd*, Yale University Press, 1952 (3ª ed. 1960), página 12-13.

(17) Cf. E. VERÓN, *Sociología, ideología y subdesarrollo*, en *Cuestiones de Filosofía*, I, 2-3, B. Aires 1962; JUAN C. TORRE, *Robert Lynd y*

La presencia reiterada de valoraciones ideológicas implícitas es denunciada con frecuencia en la literatura sociológica actual. Por momentos parecería que esas parcialidades operan insidiosamente en las zonas aparentemente más libres de su influencia: en la elección de los métodos y procedimientos, en las fases técnicas del planeamiento y el análisis de la investigación (18). Mencionando casos de investigaciones sobre el mismo tema, pero con distintos patrocinadores, que llegan a resultados opuestos a través del empleo de diferentes técnicas, comenta Hyman: "Cuando surge la cuestión de los motivos para el empleo de determinados procedimientos, hay que considerar inevitablemente el factor de la parcialidad en relación con los intereses creados de los respectivos patrocinantes, y con las ideologías de los investigadores" (19). Esta manipulación de las técnicas con el propósito de obtener los datos adecuados para confirmar una respuesta establecida de antemano no está necesariamente unida a motivaciones ideológicas, y aun cuando lo esté y no sea deliberado podrá evitarse si el investigador, cualquiera sea su compromiso ideológico, reconoce la necesidad de contar con la información más completa y fidedigna que sea posible respecto al problema en cuestión, es decir, si se propone algo más que la redacción de un alegato o un trabajo de circunstancias para satisfacer los prejuicios de su cliente. Lo mismo puede decirse de las delimitaciones arbitrarias del conjunto de los datos pertinentes. Pero durante el examen de las parcialidades señaladas se van dibujando los momentos y temas que imponen las opciones ideológicas. Trataremos de ordenar los testimonios en torno a algunos de estos puntos decisivos.

la práctica de la sociología, en Pasado y Presente, I, 2-3, Córdoba, 1963; A. PARERA DENNIS, *Gino Germani sobre W. Mills...*, en Fichas, I, 2, Buenos Aires 1964 (además de otros trabajos de diversos autores en las tres revistas citadas); L. A. COSTA PINTO, *Sociologia e Desenvolvimento*, Ed. Civilização Brasileira, Rio de Janeiro 1963; G. BONFIL BATALLA, *¿Es aplicable la antropología aplicada?*, en América Latina, 6, 1, 1963.

(18) Cf. K. D. BENNE y G. E. SWANSON, *The Problem of Values and the Social Scientist*, en The Journal of Social Issues, VI, 4, 1950; H. HYMAN, *Survey Design and Analysis*, Free Press, 1955, p. 50.

(19) *op. cit.*, p. 54.

LA VISION INICIAL

Sobre la intervención de las perspectivas ideológicas en la elección y delimitación del tema de estudio hay un acuerdo casi general, si bien por lo común se sostiene que la influencia de las valoraciones del investigador en este punto no compromete el carácter objetivo y neutral de los resultados. Por otro lado, las valoraciones involucradas no son solamente ideológicas; ya se vio que Max Weber consideraba inevitable la participación de variables criterios culturales en la selección de los aspectos de la realidad que son considerados significativos. "Sociedades diferentes otorgan primas al trabajo sobre distintos temas de investigación. Puede conceder más prestigio llevar a cabo investigaciones sobre el cáncer que tratar de hallar una cura para el resfrío común; pueden estar disponibles más fondos de investigación para experimentos con animales, no polémicos, que para la investigación de tópicos con posibles repercusiones políticas; pueden existir posiciones mejor pagadas para el investigador de mercado que para el psicólogo educacional. Hay pocos científicos sociales que puedan permitirse ignorar el prestigio, los fondos de investigación, y los ingresos personales" (20). En este pasaje aparece el tema de las compulsiones externas sobre el investigador, ejercidas por las instituciones que financian su trabajo; la delimitación del objeto obedece con frecuencia a la visión ideológica en que el patrocinante expresa sus intereses particulares. Pero aún exceptuando estas presiones, quedarán en pie las motivaciones ideológicas del mismo investigador, que éste comparte con su grupo de pertenencia o de referencia.

Tales motivaciones se presentan en lo que Schumpeter denominó "visión o intuición del investigador" (21). Se trata de un acto cognoscitivo precientífico, la percepción de los fenómenos a los que se aplicará el método científico, y que no es

(20) SELTZ, Jahoda, DEUTSCH y COOK, *Research Methods in Social Relations*, H. Holt, 1959, cap. 2.

(21) *Ciencia e ideología*, trad. C. LARA BEAUTELI, en *El Trimestre Económico*, XVII, 1, 1950.

una simple percepción sensorial sino que entraña el reconocimiento de la significación de los hechos, justificando nuestro interés por ellos. Esta "visión inicial de los fenómenos", en la que intervienen las ideas del medio ambiente y los resultados de análisis científicos anteriores, es la fuente de la parcialidad ideológica. El tratamiento mismo de los hechos "está bajo un dominio objetivo, en el sentido de que siempre es posible establecer si determinado postulado es, en relación con un estado dado de conocimiento, probable, refutable, o ni lo uno ni lo otro". Las motivaciones ideológicas serían inevitables, pero también beneficiosas como incentivos del trabajo científico: "si bien marchamos despacio a causa de nuestras ideologías, tal vez sin ellas no marcharíamos en absoluto".

No es necesario en este caso multiplicar las citas: el reconocimiento del hecho y la recomendación de que el investigador exprese los objetivos que persigue, para evitar el desmedro de la objetividad en pasos ulteriores, y para orientación del lector, son ya lugares comunes en las exposiciones metodológicas (22). El aspecto controvertible es aquí la medida en que la elección dictada por los fines y los valores del investigador afecta la objetividad de los momentos posteriores del estudio. En la definición del problema incluimos la especificación de los sectores de la realidad que son o no manipulables, y no atendemos al hacerlo sólo a características intrínsecas, universalmente perceptibles, de esa realidad, sino a nuestras intenciones respecto a ella: la variación de la política, del programa de acción escogidos, determinará la alteración de los datos que en el curso de la investigación serán considerados constantes. Merton ve en esto una manifestación de la intrusión de los valores en el trabajo científico, que impone limitaciones a su alcance y utilidad; ejemplifica con el caso de una investigación sobre la posibilidad de incrementar la "moral" de trabajadores ne-

(22) Cf. SELTZ y otros, *op. cit.*, GOODE y HATT, *Methods in Social Research*, cap. 3; A. ROSE, *Theory and Method in the Social Sciences*, cap. 7; R. K. MERTON, *The Application of Social Science to Policy Formation*, en LERNER y LASSWELL (eds.), *The Policy Sciences*.

gros en una fábrica, en la que se postulara como dato el mantenimiento de la segregación en la ejecución de las tareas, en el uso de las instalaciones sanitarias, etc.

Pero esta situación no se da solamente en las aplicaciones de la ciencia social que contribuyen a una política inmediata, sino de un modo más general: la imagen de la relación social deseada o aceptada, los proyectos de acción postulados, que se introducen en la delimitación del objeto, presiden todas las etapas de la investigación. Si se supone que valoración y objetividad son incompatibles, habrá que admitir que se ha renunciado a ésta desde el comienzo; pues la utilidad del estudio, la validez de los resultados, no podrán ser reconocidos por quien defina de manera distinta las constantes. Lo indudable es que para reunir y elaborar los datos se han empleado métodos racionales; y esto le permitirá a quien elija otra perspectiva rescatar para sus fines por lo menos una parte de las comprobaciones. Pero con ello se indica que las posibilidades de intersubjetividad no están asociadas a una previa exclusión de las valoraciones.

CAMBIO Y CONFLICTO

La consideración del cambio social y el papel que se le atribuye al conflicto es uno de los puntos donde las valoraciones se confunden inextricablemente con la teoría. Quien se identifique con el orden social vigente tenderá a transfigurarlo en un modelo teórico intemporal que representaría los rasgos necesarios y constantes de toda sociedad, o aun de la naturaleza humana, presentará al cambio como gradual, evolutivo, no afectando a esos rasgos esenciales, y al conflicto como manifestación de un desajuste, desviación de la norma, enfermedad social. Como ilustración de este enfoque, y de su aparición en zonas muy alejadas de los conflictos ideológicos del momento, se puede ofrecer los pasajes de "Folkways" donde W. G. Sumner describe esas normas que son juzgadas esenciales para el bienestar de la sociedad, cuya violación o crítica ocasionan vio-

lentas reacciones ("mores"), y en los que destaca su persistencia, la imposibilidad de alterarlas en grado considerable, bruscamente, o en un elemento esencial. A. Rose los comenta así: "La nueva premisa de valor introducida implícitamente por Sumner podría expresarse de este modo: "No vale la pena tratar de cambiar las mores". Se podría reconocer la existencia de "folkways" y "mores", pero partir de la premisa de valor diferente de que se tiene interés en alterar determinada práctica en una cierta dirección" (23). En este caso se buscarían otros datos, se harían experimentos conducentes a comprobar las condiciones del cambio, los modos de provocarlo. La concepción de Sumner, empero, es que el orden social está fijado por leyes naturales, y la intervención del hombre puede, a lo sumo, perturbarlo.

Esta tendencia impera, aunque ya no sin disputa, en buena parte de las ciencias sociales contemporáneas. Las numerosas críticas contra la escuela estructural-funcional norteamericana destacan su predilección por una imagen ahistórica de la sociedad, su tratamiento rudimentario e insatisfactorio del conflicto, su dificultad para dar cuenta del cambio. Si bien algunos de los autores aludidos alegan que no hay incompatibilidad entre este modo de interpretación y otro que enfatice los elementos opuestos (24), la preferencia por el modelo ahistórico y sus connotaciones valorativas son muy perceptibles en la mayoría de los casos. Ralf Dahrendorf (25) ha calificado de utópica a gran parte de la teoría social, particularmente a la estructuralista, por fundarse en hipótesis que suponen una sociedad de la que está ausente el cambio, que es uniforme y se caracteriza por un acuerdo universal sobre las instituciones y los valores vigentes, lo que implica la inexistencia de conflictos generados estructuralmente, la recurrencia de los procesos,

(23) *op. cit.*

(24) S. LIPSET y N. SMELSER, *Change and Controversy in Recent American Sociology*, Reprint 164, Institute of Industrial Relations, U. de California.

(25) *Out of Utopia*, A. J. S., LXIV 2, 1958.

el aislamiento espacial y temporal, rasgos que no corresponden a ninguna sociedad real.

El signo ideológico de los sociólogos que construyen este "sistema social" utópico es el inverso del de los utopistas, cuyo propósito fue la crítica social, mientras que aquellos manifiestan complacencia por el "statu quo". Cuando esta teoría aborda el conflicto apela a conceptos valorativamente cargados y poco explicativos, como el de desviación; es implícitamente conservadora. Sin pretensión de hacer una sociología "radical", Dahrendorf propone el modelo del conflicto, considerándolo más apto para la comprensión de la sociedad: no debe concebirse al cambio como desviación de una norma, toda organización social cambia continuamente a menos que alguna fuerza se lo impida. Vida social significa conflicto, lo anómalo es la ausencia de éste. "Las estructuras sociales no sólo están sujetas al cambio sino que crean dentro de sí mismas, de modo permanente y sistemático, algunas de las fuerzas que lo determinan" (26). Se reconoce fácilmente que el prototipo de este "modelo del conflicto" es el marxismo.

Otro autor, Lewis A. Coser, señala el paulatino abandono del interés por el conflicto y el nuevo contenido ideológico de la sociología norteamericana, que prescindiendo del reformismo social de sus comienzos pasa a preocuparse fundamentalmente por los problemas del control, cosa que aquél atribuye al cambio de los grupos de referencia, de la posición del sociólogo, que adopta ahora los puntos de vista de sus empleadores, y a la atmósfera política de la guerra fría (27). Una manifestación clara de la visión conservadora del conflicto es su presentación como desviación de normas a las que nunca se cuestiona, como síntoma de una socialización defectuosa, de problemas psicológicos del sujeto, de "dificultades de comunicación", dejando de lado la posibilidad de que las "disfunciones", las "ten-

(26) *Class and Class Conflict in Industrial Society*, Stanford University Press, 1959, p. VIII; cf. la contraposición de teorías del equilibrio y teorías del proceso que hace BARRINGTON MOORE Jr., *Sociological Theory and Contemporary Politics*, A. J. S., LXI, 2, 1955.

(27) *Las funciones del conflicto social*, F. C. E., 1961.

siones”; los “bloqueos de la comunicación”, obedezcan a conflictos estructurales de intereses (28).

Si el conflicto es disfuncional el sociólogo se dedicará a la búsqueda de medios aptos para lograr que la conducta de los miembros de la sociedad se conforme a las normas vigentes. En una sociedad diferenciada, en la que grupos opuestos sostienen normas divergentes, esto significa una elección valorativa: se adopta el marco normativo propuesto por el grupo dominante en la estructura social de que se trate. Los rasgos tendenciosos que encierra este tratamiento del conflicto se revelan claramente en la sociología industrial: prescindencia de los problemas de la sociedad total, identificación con los puntos de vista del grupo dirigente, proliferación de valoraciones implícitas. Términos como los de cooperación, armonía, paz industrial, son empleados de modo congruente con los criterios patronales, orientados hacia la eficiencia y la productividad en la empresa dentro del marco institucional existente (29). Las tensiones entre los obreros y la administración no son nunca tratadas como conflictos de intereses; se busca el restablecimiento de la comunicación interferida, se apela a técnicas que permiten desviar la incipiente protesta, que podría originar un conflicto, reinterpretándola, según un marco de referencia distinto, “psicológico” y “terapéutico”; se ignora la presencia de contenidos ideológicos y modos de interacción que derivan de la estructura de la sociedad total (30).

Es cierto que aún en los Estados Unidos muchos sociólogos industriales no comparten todos los supuestos que se manifiestan en la obra de Mayo, Roethlisberger, W. F. Whyte, por citar a los más atacados. Se reconoce especialmente la necesidad

(28) Cf. MILLS, *The Professional Ideology...*, y las obras citadas de DAHRENDORF y GOSER.

(29) Cf. W. A. KOIVISTO, *Value, Theory and Fact in Industrial Sociology*, en A. J. S., LVIII, 6, 1953.

(30) Cf. G. FRIEDMANN, *¿Adónde va el trabajo humano?*, Ed. Sudamericana, 1961, p. 161-6, 408-14; M. CROZIER, P. FRAISSE, *La fabricación de hombres*, Deucalión, 1954; W. F. WHYTE y F. B. MILLER, *Industrial Sociology*, en GITTLER, *Review of Sociology*; A. GOULDNER, *Organizational Analysis*, en MERTON, BROOM, Cottrell (eds.), *Sociology Today*.

de estudiar las relaciones industriales como parte de una sociedad global, de examinar la vinculación de las instituciones industriales con las instituciones sociales más amplias⁽³¹⁾. En una palabra, se retorna al punto de vista de la totalidad, así como un grupo minoritario de sociólogos reivindica el análisis del conflicto como tema central de la teoría social, y emplea sin inhibiciones los conceptos de clase y lucha de clases. Esto indica lo inadecuado de las oposiciones globales entre las representaciones teóricas derivadas de puntos de vista ideológicos opuestos. Pero en todos los casos citados subsisten orientaciones valorativas inevitables.

En sociología industrial se plantea la opción de postular como meta el funcionamiento más eficaz de la empresa, respetando la jerarquía de funciones y poderes existente, tratando de integrar al trabajador al mundo valorativo de los patrones y administradores, aun concediéndoles gratificaciones y desahogos que aplaquen el conflicto; o proponerse la expansión del área de libertad y expresión personal en el lugar de trabajo, de la participación en decisiones —incluyendo las relativas a la distribución de inversiones y remuneraciones— todo lo que permitan hacerlo las posibilidades tecnológicas actuales, en cuyo caso el tema central será el estudio de las formas de la alienación⁽³²⁾ en las relaciones de trabajo (perspectiva ilustrada por las obras de G. Friedmann y P. Naville).

Por lo demás, en modo alguno han desaparecido las manifestaciones más “ingenuas” de la escuela de las relaciones humanas en la industria. Encontramos, por ejemplo, en “Human Relations” de noviembre de 1959, un artículo titulado “La so-

(31) La época de Mayo está llegando a su fin, concluye J. H. SMITH en su revisión de *New Ways in Industrial Sociology*, *British Journal of Sociology*, X, 3, 1959.

(32) Una impugnación del concepto de alienación congruente con las tendencias dominantes en la sociología estadounidense la encontramos en R. BLAUNER, *Work Satisfaction and Industrial Trends in Modern Society*, en GALENSON y LIPSET, (eds.). *Labor and Trade Unionism*, 1960; Reprint 151, I. of. Industrial Relations, California; pero el autor admite finalmente que detrás de la adopción de uno u otro punto de vista hay opuestas premisas valorativas.

cioterapia de la empresa" (33) en el que se intenta refinar las técnicas para la supresión de tensiones, insistiendo en el "concepto clave" de la "facilitación de la comunicación", y se proclama que la tarea del "terapeuta social" consiste en "ayudar a la firma a resolver sus problemas más importantes. No está autorizado para hacer elecciones dictadas por consideraciones ajenas a la solución de estos problemas". Y W. F. Whyte, defendiéndose de sus críticos, reconoce que la elección de la cooperación entre obreros y patrones como problema de estudio involucra un juicio valorativo, pero justifica esta decisión comprobando que "en la industria, como en otras partes, hay una buena cantidad de conflictos, y la gente no parece necesitar ninguna guía científica para embarcarse en una lucha, pero tal vez podría beneficiarse comprendiendo las condiciones de la cooperación en el lugar de trabajo" (34). Según él, este modo de administrar la guía científica no significa adoptar las metas patronales, pues la cooperación impone concesiones mutuas. La ciencia reasume así su neutralidad: los conocimientos por ella logrados "están siempre disponibles para una variedad de usos posibles". Pero quien intente dar otro uso a los conocimientos acumulados por la tendencia representada por este autor se verá obligado a reelaborar parcialmente la teoría que ha servido para interpretarlos, ordenarlos y darles un sentido, y tendrá que buscar en otra dirección las respuestas a interrogantes dejados de lado por esa teoría. Y no podrá evitar la comprobación de que detrás de algunos conceptos empleados, como los de paz industrial, moral, eficiencia social, como de la decisión de promover "la cooperación en el lugar de trabajo", hay un modelo de sociedad postulado, que encarna la voluntad de un grupo social determinado, al cual adhiere el sociólogo, o bien lo acepta sin mayor deliberación considerándolo un "dato", una constante implícita, sin reparar en que en muchos casos de conflicto ese modelo está, precisamente, en tela de juicio.

(33) MAX PAGÉS, *The Socioterapy of the Enterprise*, H. R., XII, 4.

(34) *op. cit.*, p. 335-6.

FORMAS DE ORGANIZACION POLITICA
Y MODELOS DE DESARROLLO

No requiere mucho esfuerzo percibir la presencia de las valoraciones ideológicas en la sociología política y en las teorías del desarrollo económico: con frecuencia los autores expresan abiertamente que su motivación es el deseo de promover el régimen político-social de su preferencia, cuyos rasgos característicos aparecen después en los “modelos” teóricos empleados; vale decir que éstos son modelos también en sentido normativo. La predilección ideológica se manifiesta también en los intentos de ordenar comparativamente los sistemas políticos y las fases del crecimiento económico: en el pináculo de una jerarquía muy poco disimulada se ubica, por ejemplo, a la “sociedad pluralista”, la “sociedad abierta”, o bien la “democracia” a secas, definidas de modo congruente con la realidad económica y política con la que se identifica el autor; en el otro polo del esquema se da una versión del régimen execrado, tratando de asociarlo con un estadio de inmadurez política y económica. Estas predilecciones, naturalmente, no son caprichosas: se fundan en una situación social que proporciona el marco valorativo y suscita los problemas específicos, y su aceptación o impugnación se hace, por lo menos en alguna medida, en base a la estimación racional de la evidencia. Lo que se concluye —y en estos dominios lo reconocen muchos estudiosos— es que la intrusión de valoraciones es inevitable, como lo es que ellas no puedan despertar una adhesión universal. El progreso hacia la objetividad (que nunca será neutralidad) se hará tomando clara conciencia de las valoraciones propias y de los momentos en que intervienen decisivamente, contrastándolas con las ajenas, percibiendo el contexto social que sustenta los criterios opuestos, y adquiriendo, en suma, una visión crítica —y por ello más completa— del objeto de la propia preferencia.

Citemos como ilustración las obras de una figura dominante de la sociología política actual en los Estados Unidos,

e inspirador, además, de los más importantes cultivadores de la disciplina en nuestro ambiente: S. M. Lipset. En todas ellas se expresa claramente el interés ideológico que motiva la elección del objeto y la delimitación de los problemas. "Una de las preocupaciones primordiales de la sociología política es un análisis de las condiciones sociales que promueven la democracia", afirma; "Si queremos preservar y extender la democracia parlamentaria, debemos conocer la fuente de las amenazas contra ella". "Una premisa básica de este libro es que la democracia no es solamente o aun primordialmente un medio con el cual diferentes grupos pueden lograr sus fines o buscar la sociedad buena; es la misma sociedad buena en operación" (35). Y en la definición de la democracia, por supuesto, se considera esenciales y se toma como índices respecto a su existencia a ciertos rasgos que caracterizan a algunas sociedades occidentales, fundamentalmente al régimen parlamentario con pluralidad de partidos, a los que se reputa representantes de las diversas capas de la población, ungidos como tales en el acto que ocupa el lugar de privilegio en el modelo de "participación política" con que se trabaja: el voto. Las definiciones ideológicas de estos conceptos básicos encauzan toda la temática y la teoría: se trata de indagar las condiciones que favorecen o hacen peligrar el establecimiento y la perduración del régimen político propugnado, y de condensar estas adquisiciones teóricas en preceptos prácticos (véase por ejemplo las recomendaciones de Lipset a los socialistas de derecha sobre el modo como deben encarar sus relaciones con los movimientos socialistas, mucho más "irresponsables", del mundo subdesarrollado).

Sin duda se puede considerar muy comprensible que los

(35) Cf. *Political Man*, Doubleday, 1960, ps. 21, 403; *Political Sociology*, en *Sociology Today*, compilación de Merton, Broom y Cottrell, p. 108; este autor es uno de los teorizadores del supuesto *fin de las ideologías en Occidente*, aunque ha terminado por percatarse de que lo que ha sido tan celebrado con ese nombre era la ideología dominante en algunos países a partir de la 2ª guerra mundial, y a la que llama *socialismo conservador*; cf. *The Changing Class Structure and Contemporary European Politics*, en *DAEDALUS*, Winter 1964; Reprint 223, I. of I. R., Univ. de California.

sociólogos abstraigan sus conceptos, primordialmente, de la práctica social del medio en que actúan. Pero sucede que aquí esos conceptos se vinculan sólo con un segmento de esa práctica, al que podríamos denominar la estructura de poder manifiesta. Y esto tiene su sentido en una etapa histórica en la cual, por las exigencias de una nueva tecnología, de un nuevo sistema económico, no es posible ya excluir totalmente a grandes masas de la población de las decisiones económicas y políticas. Tal exclusión ya no se ve como legítima, ni es viable dado el creciente nivel de aspiraciones suscitado por el mismo proceso de desarrollo. Se trata entonces de que aquéllas acepten —legitimen— al régimen político-social que les concede un determinado grado de ingerencia en su funcionamiento: es el mentado problema de la “integración” de las masas, de la búsqueda de canales institucionales que las incorporen, sin excesivas fricciones, y sobre todo, sin provocar alteraciones radicales, a la comunidad política, a la ciudadanía. Un requisito de esto es que la imagen pública del sistema sea congruente con las posibilidades de participación que ofrece. Quedarán en la sombra entonces, todo lo que las circunstancias lo permitan, los procesos de decisión no contemplados en aquellos canales, los sectores de la praxis que constituyen una estructura de poder no manifiesta; se los considerará a lo sumo como anomalías o perturbaciones, como desviaciones, cualquiera sea su peso real en comparación con el de los actos permitidos en el “ejercicio de la ciudadanía”. Al construir sus modelos, la teoría social toma en cuenta esta exigencia.

Estos modelos inspiran también los estudios del desarrollo económico-social. La meta postulada de éste es una selección ideológica de lo que, dentro de lo posible, es lo más deseable para nosotros. No podría ser de otro modo, pues en la actualización de ese futuro intervendrán nuestras orientaciones teóricas y prácticas. Lo que significan aquí los criterios científicos, es decir, lo que hace de nuestra visión un modelo científico-racional, aunque ideológicamente cargado, y no una utopía caprichosa, es la vinculación del proyecto que privile-

giamos con un diagnóstico, todo lo riguroso que permitan nuestros instrumentos de análisis y medición, de la situación contemporánea, de las tendencias que operan realmente en ella, y la consiguiente identificación de los puntos y momentos del proceso en que una intervención deliberada puede alterarlo, y de los medios apropiados para hacerlo.

El punto de vista que adoptan la mayoría de los autores coincide con la perspectiva histórica de las clases dominantes metropolitanas —exportadoras también de teoría social—, la que dicta, por ejemplo, la curiosa postergación del estudio de las relaciones internacionales de dependencia y sus efectos sobre el país subdesarrollado. El tratamiento que recibe el término imperialismo es sintomático. Lo emplearon a fines del siglo 19 y comienzos de éste partidarios de la economía liberal que se oponían al creciente poder de “ciertas clases” (36), basado principalmente en el capital financiero, que llegan a ejercer una influencia decisiva sobre el gobierno y manipulan la opinión pública. Ahora se lo descarta por completo o se lo emplea entre comillas, dando a entender que se trata de una fantasía ideológica, o de un fenómeno perteneciente al pasado. El olvido de este concepto está asociado con el surgimiento de los movimientos nacionales en el mundo dependiente, en cuyas manos se convierte en un arma peligrosa, tanto más dadas sus posteriores connotaciones marxistas.

Se elabora así modelos del desarrollo económico que oscurecen los momentos y los motivos de opción, con una pretensión no cumplida de universalidad (37). Los esfuerzos por lograr un marco teórico más general que el derivado del estudio del desarrollo capitalista, útil en consecuencia para la comprensión de otras variantes de la “sociedad industrial moderna” y de las sociedades que se encuentran en fases de transición, son legítimos y necesarios; los preconizan también sociólogos de

(36) J. A. HOBSON, *Imperialism*, Allen & Unwin, 1º ed. 1902; reimpr. 1948.

(37) Cf. la crítica de BARAN y HOBBSBAWM a *Las etapas del crecimiento económico* de ROSTOW; *Temps Modernes*, 193, junio de 1962.

distinta orientación ideológica. Dice en este sentido S. Ossowski (Universidad de Varsovia): "Creo que necesitamos una nueva estructura conceptual para comparar, por medio de las mismas categorías, los cambios de las estructuras sociales en los países socialistas y capitalistas: necesitamos una estructura conceptual lo suficientemente amplia para permitirnos descubrir semejanzas ocultas bajo diferentes nombres, diferentes interpretaciones y diferentes apariencias, y lo suficientemente sutil para esclarecer particularidades y contrastes esenciales" (38). Pero para que el intento no se malogre habrá que tener adecuadamente en cuenta el contexto político-social del cambio económico, incluyendo las distintas perspectivas ideológicas y programas de acción impuestos por las situaciones sociales diversas de las fuerzas capaces de promoverlo o impedirlo; y no se puede excluir la posibilidad de que algunas de esas fuerzas postulen metas divergentes de las que les proponen los países avanzados (comprendida la URSS).

En un modelo parcialmente discrepante del que está en uso entre nosotros, y que contemple la exigencia de no enmascarar las decisiones ideológicas bajo un aparente desapego científico, incluiríamos de modo expreso la fase postulada como meta, definiendo las alteraciones deseadas en la estructura económico-social y las relaciones de poder entre las clases conducentes a un crecimiento rápido, una utilización integral de los recursos humanos, naturales y tecnológicos, y una creciente participación popular en las decisiones económicas y políticas, desde el nivel de la empresa hasta el nacional; participación real, y no imaginaria o sustituta como la que definen los criterios jurídico-formales imperantes, adoptados en buena medida por la teoría sociológica. Incluiríamos entre los obstáculos a vencer para alcanzar esa meta las relaciones de poder actuales y la relación internacional de dependencia, estudiaríamos los agentes capaces de impulsar el cambio en esa dirección y las técnicas adecuadas para superar los obstáculos, sin excluir las

(38) *Old Nations and New Problems*, en *Transactions of the Third World Congress of Sociology*, vol. III p. 25.

técnicas políticas revolucionarias, donde y cuando parezcan necesarias, pues no entra en nuestro modelo el imperativo tácito de respetar los canales de acción previstos por un sistema político determinado para asegurar su propia perpetuación. Habrá además que describir correctamente el punto de partida y las posibilidades ofrecidas por la coyuntura mundial, que condicionarán el contenido y los problemas de las etapas siguientes, y tener en cuenta el espacio económico mínimo que se requiere para un desarrollo relativamente autónomo. Estas últimas exigencias valen para cualquier modelo, pero los datos obtenidos no imponen límites totalmente rígidos, sino elementos de un problema cuyo desenlace variará según las fuerzas que se decida poner en acción y la amplitud de las políticas que se juzgue permisibles.

D. R. WAGNER
E. Zeballos 1914. Rosario

